



# REDES

*de la memoria*

*Alicia*  
**Kozameh**

*Marta*  
**Vassallo**

*Cristina*  
**Feijóo**

*Sara*  
**Rosenberg**

*Alicia*  
**Partnoy**

*Victoria*  
**Azurduy**

*María del Carmen*  
**Sillato**

*María*  
**Branda**

*Nora*  
**Strejilevich**



SELECCION Y PROLOGO:  
**Jorge Boccanera**

**D E S D E L A G E N T E**

## NORA STREJILEVICH

"EL HORROR FORMA PARTE DE LO QUE SOMOS"

# N

arradora y poeta. Nació en Buenos Aires y reside desde 1994 en Estados Unidos donde se desempeña como catedrática. Licenciada en Filosofía en la UBA, se doctoró en Literatura Latinoamericana en la Universidad canadiense de Vancouver. Su novela *Una sola muerte numerosa*, Premio Letras de Oro en 1996, fue publicada en Miami. Su testimonio *Una versión de mí misma* fue premiado por la Universidad de Alberta, Canadá, en 1990; al año siguiente escribió *Sobrevivencias*, galardonado por York University, y que dio paso a una obra de teatro pronta a estrenarse en Michigan. Ambos textos (como su ensayo *Literatura testimonial en el Cono Sur*), permanecen inéditos, aunque parcialmente aparecieron en inglés en *Iris* y *Southwest Review*. Poemas suyos fueron incluidos en la antología *Las palabras de Miriam* editada en Nuevo México. Fundó el registro de historia oral *Archivo Internacional de Narrativas Testimoniales*.

Secuestrada a mediados de 1977, fue trasladada al campo de concentración Club Atlético. Una vez liberada se marchó a Israel. Su exilio abarca también otros países: España, Brasil y Canadá.

105

### **SUPERPONER EL MUNDO DE ADENTRO Y EL MUNDO DE AFUERA**

—*Vamos a rastrear los inicios de tu escritura.*

—Empecé a escribir páginas sueltas cuando me fui de la Argentina. Mi hermano Gerardo y su novia Graciela Barroca, secuestrados horas antes que yo, siguen desaparecidos. Meses antes se habían llevado a mi primo Abel junto al cadáver de su hermano Hugo, muerto durante el operativo. Así acabó una generación de Strejilevich: soy la única de esa camada que puede contar la historia.

—¿Cómo empezaste a contarla?

—Desde el exilio, en cartas que enviaba a mis padres desde distintos lugares, con imágenes, poemas, comentarios. Así se armó el testimonio *Una versión de mí misma* y luego *Una sola muerte numerosa*, que recicla la historia que me obsesiona con una estructura más compleja: entrelazo voces de gente que entrevisté como ecos de lo mismo: ese horizonte de los 70 que fue arrasado y persiste como marca en la memoria y como vida que supimos conseguir.

—¿Novela o testimonio?

—Novela, porque como tal se publicó, pero sigue siendo un testimonio literario que entrelaza varios géneros: poesía, recortes periodísticos y registro de testimonios orales.

—¿No se publicó en Argentina?

—No. Aunque dejé ejemplares en algunas editoriales de allá. Creo que más que representar al horror, lo dejó filtrarse a través de otras dimensiones de la experiencia en las que lo innumerable deja su huella. La superposición de escenas —la infancia, lo que vino después— me permiten revelar eso que, de decirse explícitamente, se volvería un dato más. Trato de superponer mundos de adentro y de afuera para relatar lo que somos. Y el horror forma parte de lo que somos. El relato busca asimilar ese pasado para que se vuelva experiencia y no trauma obsesivo.

—¿Cuál era tu relación con la literatura, con la lectura?

—Durante mi reclusión permanecí tabicada y en una celda aislada. Hasta ahí mis lecturas iban por el pensamiento europeo contemporáneo, senderos que se bifurcaban por alguna ruta autóctona; así que además de Sartre, Simone de Beauvoir, Camus, Heidegger, Marx, Nietzsche, aparecían Astrada, Martínez Estrada, Viñas, Rozitchner. Mis coqueteos con la escritura no pasaban de cuadernos en los que intentaba asimilar ese universo de conceptos. En el exilio entendí que la visión de mundo que había tratado de construir no me ayudaba a enfrentar el vacío y el dolor. Ni el asco por ese absurdo que describe *La Náusea* era suficiente, porque el personaje de Sartre al final se consuela con la voz de una cantante de jazz que resuena desde la eternidad de un disco. A mí en ese momento el consuelo del arte no me bastaba, sin embargo me refugié en la literatura. Esta vez empecé por Cortázar, Borges, Onetti y luego me familiaricé con Marta Traba, Griselda Gambaro y Cristina Peri Rossi.

—¿Qué vecindades encontrás en tu escritura?

—No sé cómo funcionan las influencias. De un tiempo a esta parte me atrae lo que tenga que ver con el trauma de la tortura y la experiencia carcelaria o concentracionaria, con la memoria y el olvido. Salto de Paul Celan a Primo Levi, de Pilar Calveiro a Gelman, de Jorge Semprún a Marcela Solá, y aterrizo cada tanto en mis orillas para volver a escribir.

—¿Por qué la elección de la palabra escrita?

—Para contestarle a los que me hablan desde sus páginas. Empecé a escribir porque me permitía, como dicen los expertos, integrar la experiencia traumática en un marco narrativo. La reescritura del propio pasado incluye huellas de ese pasado en nuevos contextos que retroactivamente modifican su significado. Esto viene de Freud, y lo retoman los que hoy interrogan a la memoria. En Buenos Aires la revista *Confinés* incluye artículos sobre el tema. Integrar lo traumático construyendo una "memoria narrativa" que dé sentido a la experiencia. Perdimos una versión de nosotros mismos y nos rescribimos para sobrevivir.

—Tu literatura abarca varios géneros.

—Es cierto, *Literatura testimonial en el Cono Sur*—mi tesis doctoral— terminó en un libro de ensayo. Actualmente trabajo en una investigación junto a Alejandro Kaufman, profesor de la Facultad de Comunicaciones de la UBA, sobre el antisemitismo en la Argentina. Mi interrogatorio se centró en el tema judío.

Nunca me había pensado marcada por esa identidad. Cuando llegó a Madrid Herman Schiller con pruebas de que la tortura y la matanza de judíos durante la dictadura fueron parte crucial del proyecto de exterminio, yo ya había declarado frente al juez Baltasar Garzón. En julio de 1998 mi testimonio abrió en las cortes españolas las puertas de ese capítulo.

—Entre el testimonio y la ficción se reconstruye la memoria.

—Busco moldear lo que nos dejó esta historia, por lo menos con la palabra, masticarlo; construir una memoria que nos permita hablar con los fantasmas cara a cara, sin idealizarlos, sin estandartes, sin tampoco silenciarlos. Es un diálogo difícil, escribo más sobre la pos-dictadura, siempre en base a mis recuerdos "ficcionalizados". Mi objetivo no es recopilar datos; me interesa la elaboración de la memoria colectiva que el archivo judicial descarta, el relato de la inti-

midad del desastre, de sus recovecos en la inmensidad de cada vida. Me interesan los miles de destinos dislocados por el proceso de exterminio y la posibilidad de narrar esa confrontación entre dos campos que sigue vigente, ya que el modelo no cambió. El terrorismo de Estado produjo a una población desbandada y aterrada, pero antes del desastre había un movimiento social que se lanzó, con toda su miopía y su grandeza, a inventar un futuro posible. Hay que empujar en esa dirección para contrarrestar el "de eso no se habla"

*-Hay puntos pendientes por un rechazo a ciertos temas.*

108

-Yo hablaría de una "fobia de la memoria traumática"; la frase es de una ponencia de Fernando Reati leída hace poco en un congreso en Miami a propósito de mi novela y de un libro de Mario Paolletti; se refiere a un rechazo al dolor que reaparece con la repetición del pasado. Esa fobia se encarnó en la sala cuando se invitó a la audiencia a dialogar y nadie preguntó nada. Pedí la palabra para participar en la discusión, en ese momento centrada en *El fin de la historia* de Liliana Heker, y entonces un *déjà vu* ocupó la escena. Conté que había estado en Buenos Aires en la Cátedra de Derechos Humanos que debatió el libro de Heker. El punto que irritaba a Osvaldo Bayer y a Graciela Daleo era que los novelistas parecían sólo atraídos por los casos de "quebrados", lo cual contribuía a la distorsión de la imagen del desaparecido y de su pariente, el re-aparecido, sobre el cual tan a menudo recae la sospecha del "por algo será que te largaron". Acoté que más bien algunos editores contribuyen a difundir sólo una imagen de los campos, no la más representativa. Me parece que no hay suficiente espacio para el relato literario del universo carcelario o concentracionario contado por sus protagonistas.

## UNA SOLA MUERTE NUMEROSA

*"No vamos a tolerar que la muerte ande suelta en la Argentina".*

Emilio Massera, 1976

U

na magia perversa hace girar la llave de su casa. Entran las pisadas. Tres pares de pies practican su dislocado zapateo sobre el suelo la ropa los libros un brazo una cadera un tobillo una mano. Mi cuerpo. Soy el trofeo de hoy. Cabeza vacía, ojos de vidrio. Los cazadores de juguete me pisan *pi-sa pisuela color de ciruela*.

El rito exorciza mis pecados en el templo del Ford Falcon sin chapas: templo verde con antena que acelera por Corrientes, a contramano, pasando semáforos en rojo sin que nadie perpadee. Lo de siempre.

Pero no todos los días ¿o todos los días? Se rompen las leyes de gravedad. No todos los días una abre la puerta para que un ciclón desmantele cuatro habitaciones y destroce el pasado y arranque las manecillas del reloj. No todos los días se quiebran los espejos y se deshilachan los disfraces. No todos los días una trata de escapar cuando el reloj se movió la puerta torció la ventana trabó y una gime acorralada por minutos que no corren. No todos los días una tropieza y cae manos atrás atrapada por una noche que remata su vida cotidiana. Una se marea por la vorágine de retazos, de ayer y ahora aplastados por órdenes y decretos. Una se pierde entre silladas vuelta cajones vacíos valijas abiertas colores cancelados mapas destrozados carreteras inacabadas.

Una apenas siente que los ecos modulan *-¡te querías escapar, puta!* y que una boca inmensa te devora. Quizás murmuren voces conocidas: *ni ella ni él están en nada*. Pero una está aquí, del otro lado, en este cuerpo precario: suelas tatuadas en la piel bota en la espalda arma en la nuca.

—*¡De pie!*— y una se para sumisa confundida atontada vencida y grita —*¡me llevan, me llevan!*— mientras dedos metálicos se clavan en la carne. Dos de la tarde impune la tiran a una al ascensor la arrastran. En la vereda una patalea contra un destino sin nombre en cualquier fosa colectiva. El espacio se deshace entre los pies.

Lanzo mi nombre con pulmones con estómago con el último nervio con piernas con brazos con furia. Mi nombre se agita salvaje a punto de ser vencido. Los domadores me ordenan saltar del trampolín al vacío. Me empujan. Aterrizo en el piso de un auto. Lluvia de golpes: este por gritar en judio este por patearnos. Y otro más.

—*Judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos.*— Soy un juguete para romper. *Pisa pisuela, color de ciruela.*

### ADIOS MUNDO CRUEL

Estoy temblando, me castañetean los dientes, todo me duele más. Quiero ver dónde estoy, me bajo la venda y por primera vez abro los ojos. No sirve de mucho. La oscuridad lo abarca todo. Apenas entro sentada, es como un ropero. Estoy aquí para pensar. La mente en blanco. Ni siquiera pienso en la muerte. Entre mis pensamientos y yo, esta puerta de metal compacto. Que recapacite. No se me ocurre nada, se me agotaron los verbos. Nombres, nombres y más nombres. Y música de fondo, que se escurre por la tonada del carcelero: un hervidero de llantos como gritos, de gritos como alaridos, de alaridos como gemidos, como un volcán de angustia, como nada que se pueda comparar con nada. Nada que decir, nada que acotar. Un dolor agudo como puntada en el espesor de los músculos, en las entrañas, en los huesos. Si el cuerpo no se desmembra es porque lo atraviesan miles de agujas. Música. Descargas y música para tapar las descargas. Un contrapunto impecable.

No sé si lo que escucho son balbuceos, una voz que me interroga en sánscrito, o una música compuesta para aturdir, marear, asquear. Un concierto atonal con letra descabellada, con ritmos espasmódicos y estridentes. La voz se acompaña de una extraña percusión que cae, abrupta, sobre mi piel. No son golpes sino toques de

algo que ni pincha ni quema ni sacude ni hiere ni taladra pero quema y taladra y pincha y hiere y sacude. Mata. Ese zumbido, esa zozobra, la precaria fracción de segundo que precede a la descarga, el odio a esa punta que al contacto con la piel se enloquece y vibra y duele y corta y clava y destroza cerebro dientes encías oídos pechos párpados ovarios uñas plantas del pie. La cabeza los oídos los dientes la vagina el cuero cabelludo los poros de la piel huelen a quemado.

### CADA CUAL ATIENDE SU JUEGO

111

La locura tiene para mí un nombre. Se llama Berta. Tiene ojos azules en los que me encanta perderme y unas manos que giran al son del *don al don del don pirulero/ cada cual cada cual/ atiende su juego/ y el que no y el que no/ una prenda tendrá.*

Jugamos siempre a las prendas con mi tía: hay que mover manos y brazos como zapateros, como lavanderas, como planchadoras, mientras las estrofas de la canción clavan, lavan, planchan a un ritmo vertiginoso. El que se equivoca de oficio tiene prenda dando tres vueltas carnero o saltando como *la rana que estaba cantando debajo del agua*, pero para Berta es diferente: su prenda es el manicomio, una penitencia por inventarse reglas que los mayores no entienden. Ahora tus manos no giran al son de nuestra música, apenas se animan a saludar desde la ventana que enmarca treinta años de cautiverio, treinta años entre aquel regazo mullido en el que me acurrucaba y tu regazo cansado y solo, treinta años entre tu rodete negro y tu rodete blanco, entre la ventana del dormitorio por la que saltabas a la intemperie y la ventana del cuarto de hospital.

Tildan de loca tu costumbre de tomar trenes hasta la terminal, de viajar hacia el sur en cualquier vagón abierto para mirar el campo, ese mar de oro con vacas y tranqueras. Tu paseo termina en azarosos pueblos donde te ubicará tu familia, gracias a las pistas que les vas dejando por el camino.

Un día se festeja tu compromiso: tu novio viene de Montevideo. Intrigados, nos sentamos a comer canapés y bocaditos, como anticipo del placer que nos deparará su llegada. Pasan las horas y el invitado de honor no llega. Los demás empiezan a impacientarse, a



arriesgar teorías. Teodora se te acerca para saber si sabés qué le habrá pasado.

—*Sabés muy bien lo que le pasó, sentenciás airada, y mandás a todo el mundo a su casa.*

La semana siguiente la invitás a cenar, ansiosa por hacer las paces. Después de todo, no vale la pena pelearse por un hombre. Servís una entrada de sopa de verduras y un plato fuerte de bife con ensalada. De postre, helado espolvoreado con vidrio molido. Desde entonces tu hogar es el hospital psiquiátrico, un universo cúbico de pared pared pared techo piso y ventana.

A Berta le dejan recibir visitas una vez por semana. Sus hermanos vienen a verla una vez por mes, por dos horas. Le traen ropa vieja, galletitas dulces, una que otra revista. Como jamás aceptan su invitación a tomar el té, nunca sabrán que toma y come todo en el mismo tazón de aluminio abollado, que revuelve el mate cocido con la misma cuchara con la que toma la sopa, porque sólo tiene una. Ella se conforma, no pide nada.

### **NADIE PIDE NADA**

*Les pedíamos cosas a nuestros familiares, pero no era fácil. A veces las visitas a la cárcel eran en un locutorio con vidrio de por medio, o con rejas de por medio. A veces teníamos que estar arrodillados en un banco de iglesia, y allá lejos el familiar también tenía que arrodillarse en otro. Aunque había que hablar a los gritos, aprovechábamos ese momento para pedir algo.*

Nadie le pide nada al guardia, aunque las puertas de las celdas estén abiertas. Que se vaya. Los pasos se alejan por el pasillo, firmes y emprendedores, a barrerle la mugre a otros condenados. Las puertas quedan abiertas, como si pudieran ventilarse del tufo a orín y a humedad que lo impregna todo. Quiero bajarme el tabique, pero ese simple gesto me da miedo.

*Me daba miedo cada vez que se escuchaban pasos de un guardia en el pasillo. Uno temía ser nuevamente objeto de la tortura. La contradicción de que uno a veces quería salir para estirar las pier-*

nas, para ir al baño pero al mismo tiempo no, porque eso era estar expuesto a las miradas y ser objeto de cualquier cosa que quisieran hacer los represores. La muerte oscilaba entre esos límites.

Se te va achicando la mente, limitando tu mundo a: cuándo abren la puerta, cuándo la cierran, qué comés hoy, qué comés mañana, cuándo te castigan, cuándo no. Esos eran los elementos que más tenía en cuenta yo. Es como que al achicársete la vida, te olvidás dónde estás, quién sos. Es como que agradecés un gesto, agradecés un buen plato, te contentás con una salida. Ya no sirve para nada pensar.

113

Tengo todo el tiempo para pensar, pero no pienso: me bajo la venda. Le adivino una cara a las piernas, ayudándole a la miopía con los dedos: me estiro los ojos y recupero el foco en la pantalla. Desgarbado, pelo rojo y barba.

-¿Dónde estamos? Arriesgo un bilo de vos.

-En un chupadero. Sección pesados.

-¿Hasta cuándo?

-Yo llevo seis meses. A mis compañeros los mataron.

Menos mal que no está prohibido gritar porque tu voz se oye hasta la otra cuadra: -¡Apareciste, Norita! ¡No cambiaste nada!- me machacás desde el revés de su sorpresa. Llego casi sin aliento, aturdida por la peregrinación a lo largo de pasillos descabellados y siempre errados, con ecos pidiendo comida, dinero, puchos.

Soy yo, tía Berta, la que siente el zarpazo de tus treinta años de paredes húmedas, olor a comida recalentada, miradas perdidas de vecinas encerradas en torres de miedo, enfermeras entrenadas para inyectarles la necesaria dosis de sedantes. Lo necesario para retenerlas en el círculo de viejas chinelas arrastrándose por el mosaico descolorido de la locura. La locura es una forma de salvación: es salirse de la lógica, anclar más atrás, donde los normales nunca llegan. Es un trueque mover el caballo como si fuera un alfil, cruzar el tablero en diagonal y seguir de largo. Uno decreta que el tablero no existe, los peones están con o contra nosotros, la reina se escapa y el rey nos persigue. Ahí se acaban las partidas de a dos. Uno se queda solo, rodeado de voces sin entrañas, voces que los jugadores no

pueden sentir. Y si las llegan a escuchar, se tapan los oídos y salen a comprar candados y rejas y electricidad y sedantes para tranquilizarlos. Todo debe acomodarse entre seductores almohadones de racionalidad.

Ocho camas sin ropero, sin mesita de luz, sin lugar para guardar lo que tenés que guardar, sin lugar para ser quien sos, tu mundo es una cárcel atenta y sonriente donde los guardias visten de blanco. En ese horizonte das conciertos de piano y conferencias sobre política internacional para que las otras se desenchufen del televisor.

*—No se interesan por nada, estas brutas. Y si les digo que me saqué premios de arquitectura. ¡Qué me van a creer! No se imaginan que alguien pueda tener otras miras que ellas.*

Gesticulás y me tomás del brazo mientras paseamos por los jardines abandonados que circundan tu lucidez. Termina la hora de visitas y me acompañás a tomar el colectivo.

*—¿Te dan permiso para salir?*

*—Por supuesto. Saben que no llegaría muy lejos. ¿A dónde voy a ir? Hay quienes tratan de escapar, otras salían por la ventana. Yo ya me cansé. Ellos, a la larga, te ganan.*

No me van a ganar. Camino ida y vuelta aunque me duela todo, aunque me choque con las paredes, aunque me asuste el peso de los grillos en los pies, aunque la celda se acabe a los dos pasos, aunque me quieran regimentar el alma.

Los desaparecidos no pueden hablar. Uno llama al guardia: quiere ir al baño. No se puede fuera de horario. Se hará encima, le pegarán y seguirá cagándose hasta que lo muelan a golpes. Ya voy entendiendo. Acá no se conjuga la primera persona del singular. Para qué, si nos van a matar.

Disponen de las llaves del abecedario y del candado del cementerio. Como si fuera poco, saben la fecha de nuestro final.

### **DE HOYO EN HOYO**

*—De la celda al baño se va por trencito, me dice una voz sedosa.*

La primera mujer que se me acerca. ¿Una presa que hace de guardia? ¿Una guardia a secas?

—*Cuando escuchás uno te das media vuelta; al dos ponés las mamnoos sobre los hombros del de adelante; al tres empezás a marchar. Vamos, rápido. Que no noten que te quedaste atrás.* La sigo.

—Llegamos, agachate.

—Dan la orden para emprender la cuenta regresiva. Me acopló: media vuelta, tres, dos, uno. No era un trencito, es un ciempiés que vuelve hediondo y húmedo. Cuarenta pares de patas arrastrándose, de hoyo a hoyo.

115

### **TODO SIGUE TAN NORMAL**

Pueden volver, siempre pueden volver. Les gusta que uno viva pendiente de su posible llegada. Pendiente y temeroso, como debe ser. Ruidos y voces se me meten en los sueños. Una pupila alerta me vigila desde un rincón, desde una tarde de 1977.

### **VERSATILES TERRENOS**

Después de matar a miles en la ESMA usan el fondo como campo de deportes. El transformismo autóctono no tiene límites; pero tampoco lo tiene la curiosidad de una periodista extranjera, multiplicada por la mía, Kerrie, que trabaja para la radio canadiense, me pide ayuda para preparar un programa dedicado a las Madres.

La idea es entrevistar a alumnos de colegios privados que hoy juegan a la pelota en estas canchas: versátiles terrenos que hace unos veinte años albergaban salas de tortura. Trataremos de averiguar cómo se sienten estos jóvenes metiendo goles en medio de los ecos de desaparecidos de su misma edad.

Caminamos entre senderos de tierra que bordean el edificio por donde no hay guardias. Nos muestran que el sendero se hace calle y desemboca en el cerco de atrás de la ESMA. En esas inmensidades sólo nos acompaña el sonido de nuestros pasos.

**NORA STREJILEVICH**  
UNA SOLA MUERTE NUMEROSA

Estoy en el lugar de los hechos, donde se le hacen grumos de espanto a la vida. El lugar de los hechos: un giro elegante para omitir tanto el sujeto como la acción. Hurgo en la tierra para encontrar sus caras. Barro espeso, siluetas, miles de cuerpos diluidos en la brisa.

116

Fragmentos de la novela *Una sola muerte numerosa*.